

Augusto Ocampos Caballero: como buen hijo del Paraguay

Por EMILIO BARRETO



Con la intención de acercar al pueblo cubano la historia, la cultura, la problemática del idioma y la literatura del Paraguay, la Editorial de Ciencias Sociales, del Instituto Cubano del Libro, ha sacado a la luz el breve volumen *Paraguay-Cuba. La historia común de guaraníes, caribes y aruacos* del Excelentísimo Señor Augusto Ocampos Caballero, Jefe de la Misión Diplomática de la República del Paraguay en Cuba.

¿Qué tienen en común las historias del Paraguay y Cuba? Pues la singularidad de la lengua guaraní. Es precisamente eso, más acá del reconocimiento de un proceso algo similar en lo tocante al descubrimiento, la colonización, y a toda la cultura generada por ambos eventos. Desde que Ocampos llegó a Cuba sintió el despertar de su curiosidad e interés. La razón: una apreciable cantidad de voces le recordaban términos guaraníes.

Por ejemplo, *tarará*, la primera palabra que registró. Según Ocampos Caballero, *tarará* quiere decir *tiritar, crujiir, temblar*. Para los cubanos, especialmente para los habaneros, *tarará* es un vocablo recurrente. Con él se ha dado en nombrar una conocida localidad playera del Este capitalino. Características veraniegas y cambio climático a un lado, para nada es descartable que entre los meses de enero y febrero la playa de Tarará pueda convertirse en un sitio que produzca temblores como consecuencia de descensos en la temperatura.

La investigación de Ocampos Caballero comienza con el origen racial del hombre americano, pasa por la germinación de las lenguas amerindias –como introducción a un segmento jugoso que abunda en la gran familia y la lengua guaraníes–, y llega hasta la expansión del guaraní desde el Paraguay hasta las tierras que se hallan en la cuenca del Mar Caribe. Después prosigue con mucha información en torno a la corriente migratoria precolombina en Cuba, para finalizar con un estudio sobre los caribes desde los confines del Paraguay.

En relación con Cuba, Ocampos Caballero busca apoyatura en la obra *Las raíces de la lingüística indígena en Cuba* publicada en 1953 bajo la autoría del investigador y ensayista cubano Julián Vivanco. Para Vivanco, los indios caribes proceden del Paraguay y del norte de Brasil, pero siempre señalando el inicio de la ruta “desde los confines del Paraguay”. Luego los indios caribes se extendieron a las Guayanas y posteriormente a las Antillas, siempre por el Mar Caribe. Vivanco también se aproximó al paso de los indios Cari-Waranis, quienes procedían del delta del Río Paraná.

Consecuente con todo ese periplo, el diplomático e investigador paraguayo se dejó cautivar por la bella geografía cubana, en la cual pudo recoger nombres de voces guaraníes. Si accediéramos a un inventario de vocablos guaraníes en América Latina llegaríamos a cinco mil. En Cuba, solamente, podemos inventariar trescientos cincuenta. Pero ahora Ocampos Caballero ha acopiado palabras nuevas para el completamiento de una labor investigativa que constituye un aporte meritorio a las realizadas con anterioridad por lingüistas de probado rigor.

Hay dos grandes razones para la publicación de este libro. Primera: no existe otra lengua en las Américas que esté marcada por historia tan especial: el guaraní comparte con el castellano la oficialidad idiomática del Paraguay. Este es un hecho excepcional en el Nuevo Mundo. Y los hechos excepcionales demandan posturas de índole similar. Basta una lectura de la obra para apreciar que Ocampos Caballero tiene, desde hace mucho, una conciencia muy profunda acerca del *ser patriótico*, esto es, una conciencia de buen paraguayo, de alguien que no escatima sus escasos ratos libres, según se lo permite su cargo de diplomático, para moldear un poco más la identidad personal y contribuir con la del ser social paraguayo, incluso fuera del Paraguay, como se nos muestra en estas páginas. Para nutrir un poco más el *ethos* de su nación, se ha dedicado a la investigación en los archivos y bibliotecas, así como a la entrevista con intelectuales de la diversidad cultural del archipiélago cubano. Segunda: el continente americano es región que posee una cultura en constante estiramiento y acción multiplicadora, pero que a ratos se tensa entre lo ya acontecido y lo próximo a acontecer. O sea, para el autor que nos ocupa, los americanos estamos marcados por un presente cultural en cuya multiplicidad suelen alcanzar protagonismo las lenguas propias, esto es, las lenguas indígenas, las cuales se yerguen ante el paso del tiempo.

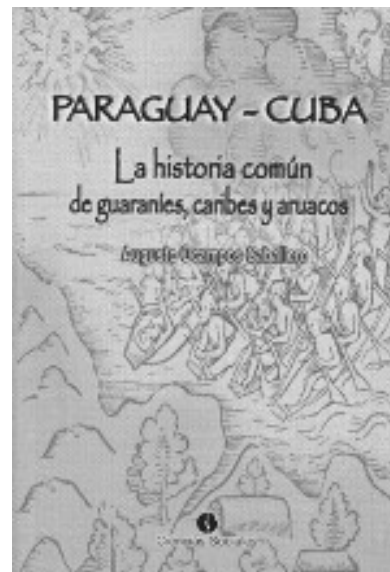
Es decir, tanto en el Norte, como en el Centro y en Suramérica no son pocos los pueblos que se proponen no sólo conservar todo el acervo idiomático sino, además, enaltecerlo. El empeño es doblemente elogiado: si de entrada lo es en asuntos de identidad, de salida lo es en términos de visión para el futuro, pues hoy, de cara a la globalización inminente, toda gestión dirigida a la preservación de las identidades nacionales es una tarea de altruismo notorio.

II

El guaraní fue la lengua exaltada por las misiones jesuíticas del Paraguay, desarrolladas entre 1609, al calor del Concilio Ecuménico de Trento, y 1768, con la expulsión de los jesuitas. La misión de la Compañía de Jesús ha quedado en la historia como una gran empresa lingüística. La lengua guaraní fue asumida por los jesuitas, quienes la hicieron suya. En el Concilio Ecuménico de Trento la Iglesia resolvió establecer la política lingüística de los territorios descubiertos por el Almirante Cristóbal Colón. (Ello en plenitud de acuerdo con la Corona española.) Previo a la iniciativa, el papa Paulo III aprobó en 1534 la institución de los jesuitas. Así fueron enviados los miembros de la Compañía de Jesús para evangelizar a los nativos en sus propias lenguas, pues el acuerdo conciliar incluía la evangelización de México en náhuatl, la de Perú en quechua y la de Bolivia en aymará.

Transcurridas algunas generaciones, la cantidad de mestizos –al menos en el Paraguay–, era muy superior a la de los criollos (relación de diez por uno). De ahí que la Corona española considerara negativo semejante efecto en el fenómeno sociolingüístico.

En consecuencia, se percibió el efecto que podía ejercer el guaraní sobre el castellano como un efecto de sometimiento. Incluso, llegó a tomarse en cuenta que el castellano no era ni siquiera hablado por los mismos españoles. A partir de ahí comenzaron las persecuciones contra la lengua nativa.



III

El Paraguay, en su actual conformación sociocultural –la única nación bilingüe de América, con lengua nativa–, continúa ofreciendo testimonio de su preciada herencia cultural: el guaraní precolombino que convive en perfecta armonía con la universalidad del español. El tema que acabo de inyectar no es asunto a validar con una definición; requiere, tal y como resuelve hacer Ocampos Caballero, de una epistemología, o sea, de un cuadro teórico.

De inicio, el autor reproduce en esta investigación un criterio muy interesante del ya desaparecido novelista paraguayo Augusto Roa Bastos, quien con anterioridad se había referido al tema en la introducción al libro *Las culturas condenadas*.

En la página 81 del texto de Ocampos Caballero aparece la consideración de Augusto Roa Bastos reseñada de manera indirecta.

De ahí que opte por reproducir, íntegramente, la redacción de Ocampos Caballero: “la literatura escrita en lengua culta de sociedades dependientes y atrasadas como las nuestras, distorsiona y hace artificiales las modulaciones del genio colectivo, sobre todo en países como el Paraguay, en cuya cultura se agudizan al máximo los problemas derivados del bilingüismo, guaraní-castellano, y la inevitable disglósia por la relación de dependencia entre la lengua culta, dominante, y la lengua oral y popular, dominada. Esta escisión determina el fenómeno de alienación cultural más peligroso en la base misma de una cultura que es la lengua”.

Al respecto, el propio Ocampos Caballero muestra el tino de traer a colación el criterio del investigador paraguayo Almidio Aquino, quien recuerda que el guaraní es la lengua más hablada en el Paraguay. Por tanto, no parece certero llamarle “lengua dominada”.

Como desprendimiento de ambas opiniones, el intelectual paraguayo Víctor Casartelli, igualmente citado por el autor de *Paraguay-Cuba...*, sostiene que la corriente española en el Paraguay no es otra cosa que una tentativa de aliento concebida para la asimilación y reproducción de cuanto siente y da a conocer el pueblo en lengua vernácula.

La derivación de esa larga convivencia es algo que en el libro de Ocampos Caballero queda acotado como “la supraoxigenación lingüística” que, regresando a Augusto Roa Bastos, lejos de garantizar un saldo fortificante desde el prisma literario, ha ido decantándose en un proceso de corrupción dialectal con la creciente guaranización del idioma español y la castellanización del guaraní.

El crítico paraguayo Roque Vallejos ve el asunto desde otro ángulo y se interroga a sí mismo respecto a si acaso sea ese el modo de conseguir la conciliación definitiva entre ambas fuentes de expresión. Sin embargo, Roque Vallejos señala que las soluciones eventuales únicamente pueden llegar desde la obra literaria.

Finalmente, Víctor Casartelli hace carenar el intercambio en la obra del gran narrador Augusto Roa Bastos, quien es principio y fin de polémica tan substancial. (No por gusto es Roa Bastos un estandarte no sólo del Paraguay sino de toda la literatura latinoamericana del postboom, de la cual uno de los iniciadores, a juicio vigoroso del cubano Emmanuel Tornés, investigador y profesor universitario, en el brevísimo ensayo *¿Qué es el Postboom?* (Colección Pinos Nuevos. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1996). Para Casartelli, Roa Bastos es ejemplo de soluciones mediante las cuales se procura hacer más pequeña la distancia entre los idiomas español y guaraní.

La solución que Roa Bastos encuentra para ello es dotar a su obra de un contenido emocional común, en vez de apelar a los híbridos.

En busca de un desenlace para esta zona de conflictualidad lingüístico-literaria, quizá las ciencias filológicas debieran valerse de los avances de las ciencias sociales en el panorama actual de los estudios socioculturales, que tanta complicidad sostienen con la cultura en el campo de la apreciación de las bellas artes.

La clasificación del guaraní como *lengua dominada*, así como el rechazo del recurso de apelar a los híbridos, o a la hibridación, pudiera ser una solicitud de los avances investigativos del antropólogo cultural Néstor García Canclini, en la que me atrevería a calificar como su obra mayor: *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (Editorial Paidós, Madrid, 2002).

En ese libro, Canclini propicia un desmontaje tanto de la teoría de la reproducción como del concepto de hegemonía asumidos por la corriente neogramsciana en América Latina. Las explicaciones de García Canclini son absolutamente favorecedoras de la hibridación. Con semejante grado de radicalización no concuerdo a plenitud, porque me parece un tanto reduccionista, relativista pudiera incluso decir. Abundar en razones no es menester en estas líneas, pero sí lo es recomendar una lectura muy bien concientizada del mencionado ensayo. Hay otro marco metodológico: el que propone el mexicano Octavio Paz en el libro de artículos, ensayos, conferencias y discursos *Pequeña crónica de grandes días* (Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1990). En esta obra maestra del bien pensar, Paz define el término cultura muy en sintonía con el empuje dado por la Ilustración al pensamiento occidental.

Pero *Paraguay-Cuba. La historia común de guaraníes, caribes y aruacos* es un texto que se ennoblece con toda esta polémica metamorfoseada en pesquisa metodológica, es también campo de debate abierto a la conciencia de la cubanidad.

De ahí el deber de agradecer la publicación de este libro que, como bien aclara Augusto Ocampos Caballero, “se le podrá reprochar la falta de un enfoque científico”, pero, del mismo modo, debemos reconocerle la integralidad de su ayuda al conocimiento recíproco de dos pueblos no muy cercanos geográficamente, pero sí en la historia y en la cultura